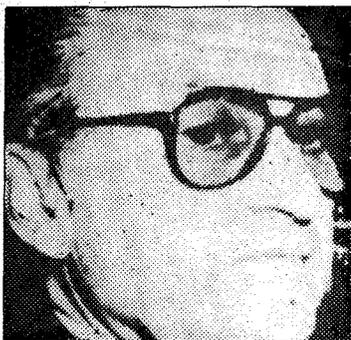


CRONICA DE LO QUE PASA

La pendencia histórica Fraga-Suárez



Manuel Fraga se reunió con un grupo de periodistas en la conmemoración del primer año de su dimisión aquella noticia triste del fundador y presidente de Alianza Popular, asomado a aquella ventana de su sede en la calle de Génova y con la emoción en su semblante, delante de la gente que le aclamaba. Fraga se reconstruyó moralmente pronto, obtuvo el acta de diputado para Estrasburgo, es respetado y alabado por sus sucesores, y ahora se dispone a la batalla de Galicia, cuando esta se produzca. Pero Fraga reparte la semana entre Estrasburgo y Madrid, y de vez en cuando aparece el estallido o la corriente de su dialéctica, como un testimonio normal de que existe. La virtud principal de Fraga es la de la honestidad personal, sin haberse beneficiado de la política, y con su vida austera de profesor. Su vocación no es de intereses, ni siquiera de ambiciones, sino de servicios. La figura predilecta en sus críticas fue —en este caso— la de Adolfo Suárez había hecho la oferta de hacer una declaración de bienes al salir de la Moncloa, y que no la había hecho. "Habría que recordárselo, tal vez —dijo— y yo puedo hacerlo, porque soy un hombre que en cuarenta años no ha variado en nada sus bienes". Esta disposición preferente, o predilecta, de Manuel Fraga respecto a Suárez, podría estar motivada por una actitud tan obstinada, en el partido de Suárez, para tener escasos conciertos y conversaciones con Alianza Popular. Todavía más: Adolfo Suárez recaba la modernidad en el progresismo —a la izquierda— de su partido, y la an-

tigüedad despectiva o apestada de la derecha. Esta ha sido la gran sorpresa de Suárez en los últimos tiempos. En la primera legislatura socialista, el silencio de Adolfo Suárez en el parlamento, o en las tribunas, fue total y antes de las elecciones del 86 se produjo una resurrección de ese partido con unas inclinaciones hacia "la izquierda" y no en su sentido dogmático, sino en el de las actitudes, como las de poco aprecio a las fuerzas armadas, a la iglesia, a la banca, a la empresa, a los norteamericanos, a la Europa de la OTAN, y disposición de preferencia en política exterior e interior que establecían cierto parentesco con el socialismo en sus versiones actuales. Y como todavía conservaba la tradición de ser una figura política de la derecha, revestida de centrismo, recibía votos decepcionados de la izquierda, y también votos de un centrismo náufrago, desde el hundimiento de la UCD. Todo esto tenía la escasa estimación de veinte diputados, pero significaba que, ahondado en esos manantiales de votos —socialismo y centrismo— podría aumentar sus escaños, aunque sin rebasar las cuotas obligadas de "un partido bisagra", que es el destino actual de Adolfo Suárez. Manuel Fraga ha sido mordaz e implacable con el duque y le ha comparado con "don Tancredo" que, como se sabe, era aquel personaje valeroso e impavido que se quedaba quieto e inmóvil en el centro del ruedo, llegaba la fiera, le

EMILIO ROMERO

resoplaba con los morros, y ante su quietismo se marchaba y lo dejaba vivo. La actitud de Adolfo Suárez en tantos asuntos actuales es, realmente, "tancredista" y solamente ha hecho la excepción de una buena entrevista en una revista semanal. En estos momentos tenemos pleitos básicos en la vida política española como la crisis interna del partido socialista, el eterno problema vasco, la colisión con Europa y los Estados Unidos en materia de defensa, el fracaso de la concertación social, la combustión autonómica cuando van a cumplirse los diez años de la Constitución, la inseguridad ciudadana, el modelo conflictivo de Estado, y todas esas cosas que surgen a diario en una democracia como la nuestra, en un relevo de brasas y no de cenizas. Este silencio de Suárez ha provocado también la inventiva de Fraga con estas palabras: "Hoy no puedo hacer un juicio muy favorable de su gestión porque pudo hacerlo mejor y no lo hizo, ya que le interesó más su protagonismo personal y eso es muy caro para el país". Cuando una periodista se refirió a los traidores de su partido "los de Alianza Popular" la concurrencia de Manuel Fraga fue estupenda. Contestó así: "Jesucristo tendría buenos medios de información, y, sin embargo, le salió un Judás". Pero volviendo al tema de este estallido insalvable entre Alianza Popular y el suarecismo, tras las declaraciones de Fraga, el tema es antiguo, aunque la explosión haya

tenido lugar ahora. El relevo de Carlos Arias en 1976 decía la lógica que tendría que haber sido en Manuel Fraga o en José María de Areilza, que eran dos grandes personalidades. Ni siquiera estuvieron en la terna privada, en la que aparecían López de Letona, Sánchez Asiain y Adolfo Suárez. Esta no era la terna oficial, porque la que procedió de aquel famoso consejo del reino, fue la de Federico Silva, Gregorio López Bravo y Adolfo Suárez. En cualquier caso, siempre Adolfo Suárez, que representaba la novedad y un proyecto de destrezas obligadas. Entonces pasaron a la proscripción Manuel Fraga y José María de Areilza. Al poco tiempo fundaría su partido Manuel Fraga y hoy es la figura mítica de la derecha, como alternativa al socialismo en el poder, aunque aparece en otros territorios que en esos del liderazgo. Hace un gran papel en Estrasburgo y quiere un regreso triunfal a Galicia. Las relaciones de Manuel Fraga y de Suárez fueron malas. Los misterios de aquel suceso presidencial de Adolfo Suárez hay que buscarlos en la crónica picaresca que tiene siempre un país, y especialmente el nuestro. Ni siquiera serviría para contarlo un Benito Pérez Galdós de nuestro tiempo. Habría que recurrir a cronistas más mordaces y regodeadores. Pero el fenómeno lo tenemos delante: Fraga acaba de romper los puentes colgantes —si es que pudieran existir— entre el partido de Suárez y Alianza Popular. Es verdad que no existían, pero ha muerto la esperanza.

OPA y hostilidad

JOSE MARIA FLORES

Parece que es el signo de los tiempos: los bancos, reserva de discreción, no beligerancia y buenas maneras, pasan al primer plano de la más rabiosa actualidad. Sus presidentes hablan en directo por televisión no para ofrecer risueños balances o informar de presupuestos sino para hablar de estrategia o táctica para quitar hierro a la palabra "hostil", en definitiva para tranquilizar los ánimos en un sector que se había distinguido hasta ahora por su pasión por el anonimato. Pero la guerra ha estallado y no la puede ocultar nadie.

En efecto, los términos que empiezan a utilizarse son los de "guerra", "estallido" o "batalla" en las primeras páginas de los diarios y en los boletines informativos. El viejo patriarca Aguirre Gonzalo, requerido para una veintena de entrevistas en las últimas horas, se niega educadamente a hablar. En su tiempo no ocurrían estas cosas, pero ahora se viven otros tiempos.

Uno de los llamados "poderes fácticos" deviene en protagonista principal. Como la iglesia y el ejército nunca han sido proclives

al protagonismo y sin embargo la batalla Bilbao-Banesto, un duelo entre un académico de ciencias morales y catedrático y un joven empresario gallego de un origen tan modesto como el, nos demuestra que nada volverá ya a ser como fue. El estado de perplejidad nos ha ganado a todos. Los partidos ven y esperan según la vieja máxima anglosajona y en general recabamos datos, información, opiniones para conocer la verdadera dimensión de esta batalla. Son los efectos de la sorpresa aquel 19-N.

La interpretación más común es que el rifirrafe en nada beneficia a la necesaria estabilidad del mundo de la economía y las finanzas. Todo, dicen se podía haber hecho de otra manera en mayor medida en que el sector, el club de los siete, o de los ocho, debe actuar con buenos modos aunque la procesión vaya por dentro. Se habla de la ruptura de ese club de los siete (ocho con el exterior) grandes bancos pero ya hay en funcionamiento almas caritativas y prudentes que tratan de que esto sea solo una tempestad en un vaso de te y las aguas vuelvan a su cauce.

La guerra de los bancos

ANTONIO PAPEL

Once días después del anuncio —días en que los accionistas del Bilbao y del Español de Crédito han visto inmovilizado su patrimonio—, el Banco de Bilbao ha lanzado su "OPA hostil" contra Banesto. Si hay que hacer caso al pirandelliano "bien está lo que bien acaba", aforismo que en materia de economía suele constituir el basamento moral de casi todo, parece evidente que Sánchez Asiain, presidente del Bilbao ha cometido una torpeza al dejarse llevar por el afán conciliador e intentar un acuerdo pacífico en lugar de aprovechar el factor sorpresa y lanzar la OPA el mismo día del anuncio de "fusión" (eufemismo que, en realidad, significa en este caso absorción).

Por el momento, y contemplando desde la calle el espectáculo, empiezo a ser patente que si bien Sánchez Asiain ha demostrado la imaginación, la osadía empresarial, los gestores de Banesto han dado pruebas de mayor sentido estratégico, de más capacidad de maniobra: para bien o para mal —y ya se verá si esto tiene o no repercusión más tarde— la opinión pública se ha puesto de

parte del "asaltado" es decir, de Banesto, y solo los iniciados en el intríngulis de las finanzas alaban la seriedad y la capacidad de Sánchez Asiain, quien, al cabo, no ha hecho más que utilizar los mecanismos de mercado para tratar de dar un importante salto cualitativo en la institución que preside.

Sea como sea, lo cierto es que el asunto, que empezó siendo bilateral de dos instituciones de crédito, se ha ido de las manos de sus promotores y está implicado de un modo u otro no solo a todo el sistema bancario español —que podría acusar el golpe en su credibilidad a corto plazo— sino también a las autoridades económicas, que, si bien ahora se mantienen prudentemente al margen —Solchaga ha recordado que en España rige la plena libertad de mercado—, afirmaron un tanto ingenuamente al principio estar al cabo de la calle y respaldar la operación.

El comentario más generalizado es evidente: el ciudadano se muestra perplejo ante este descubrimiento de las navajas que han hecho los banqueros, tan prudentes y discretos hasta hace poco.

Las frases del Día

Christian Fando: «El GAL lo creó el Gobierno español».

Manuel Fraga: «Suárez es como don Tancredo que no se movía para que no lo pillara el toro».

Ramón Tamames: «En Riaño ha habido un genocidio cultural».

Federico Jiménez Losantos: «Si en España no hay libertad de televisión es porque los políticos no se fían de aquellos a quienes gobiernan».

Gustavo Villapalos: «Es muy necesaria la creación de la inspección de servicios para que la universidad tenga información exacta del grado de cumplimiento de los profesores».

Fernando de Mateo: «No tengo nada en contra del principio del juez natural, siempre que se den las condiciones necesarias y suficientes. Pero los jueces naturales no son solo los del País Vasco».

Ortega Cano: «Ahora tengo más afición que nunca».

Manuel Benítez: «Mi retirada es una manera de decir a Dios lo mucho que le debo».

Fernando Méndez Leite: «La política de subvenciones que se hace es la que se debe hacer».

Marta Cárdenas: «El paisaje te lleva como un torbellino hacia la abstracción final».

Angel Sánchez Asiain: «Lo malo de las OPAS no es si la sociedad lo intente o no, si es un instrumento bueno o no, lo peor es que no podemos comunicarnos con los accionistas a los que nos dirigimos. Y eso es la OPA. Una apelación democrática a los accionistas del Banesto».